



Patricia Chavarría Z.

Terremoto y patrimonio inmaterial

El pasado 27 de febrero gran parte de nuestro territorio sufrió una de las catástrofes más grandes de su historia. Un terremoto y posterior tsunami dejó como saldo la irreparable pérdida de vidas humanas y la desaparición de caletas y pueblos costeros arrasados por la furia del mar.

Dentro de este doloroso escenario, tuvimos que lamentar la pérdida de un riquísimo legado patrimonial material, como casas coloniales, museos, iglesias, y un sinnúmero de colecciones, bibliotecas, y otras fuentes que nos entregaban un valioso testimonio y antecedentes de nuestra historia como país.

Indisolublemente ligado a este patrimonio material se encuentra el patrimonio intangible, aquél que se ha ido transmitiendo por vía de la oralidad.

La experiencia humana se traduce en saberes que las comunidades van transmitiendo a sus descendientes, quienes las reciben y las adaptan a su época. Estos saberes heredados están asociados al sentido de pertenencia a un espacio, a una comunidad, a una época, a una cultura. Entonces, al desaparecer el entorno material, el saber tradicional se fragmenta.

Nos referiremos en esta oportunidad a un espacio de transmisión de saberes, tal vez

bastante invisibilizado en nuestro medio ciudadano. Nos referimos a la cocina campesina.

En la zona rural de nuestra región, la cocina ocupa el lugar más importante en el cotidiano de las familias campesinas. Ésta, construida como una pieza aparte de la casa, generalmente de adobe, constituye el centro de aglutinación familiar y es donde se van ejerciendo y transmitiendo una serie de oficios y saberes.

La hora de tomar el mate, alrededor del "pollo" o fogón forma parte de uno de los momentos importantes a la hora de compartir lo que durante el día se ha vivido, y es en ese instante cuando los mayores transmiten a los más jóvenes sus experiencias en torno al tema que se conversa.

Es en la cocina dónde la santiguadora realiza el rito de sanación a los niños enfermos con el "mal de ojo". Por otra parte, muchas de las cantoras campesinas aprendieron también allí su oficio cuando niñas, mirando a su madre que practicaba la guitarra y el canto para entretener a invitados y familia.

La cocina, además, es un espacio amplio, que puede albergar a un numeroso grupo de cocineras o invitados que ayudan durante una muerte de chanco, preparando los variados derivados como longanizas, chicharrones, prietas, etc. Pero, también, en la cocina se reza, se cuentan cuentos y leyendas. Las artesanas construyen sus objetos de fibras vegetales, de gredas u otros materiales.

No es posible describir en este momento la enorme diversidad de manifestaciones de saberes que se desarrollan en ese mágico espacio, que se transforma a cada momento, al igual que la vida de su comunidad.

La relación permanente del campesinado con la tierra y con lo trascendente se manifiesta cotidianamente en el transcurso de los días y es la cocina, el espacio que alberga estos conocimientos y sentires.

Al perderse la construcción de la cocina tradicional chilena, no solo se pierde lo material.



Hay un universo simbólico que nos habla de una cultura que ya ha sido dañada anteriormente con la sobreexplotación de los bosques y la falta de apoyo en el trabajo agrícola.

Si la reconstrucción no toma en cuenta la cultura de las comunidades, se corre el riesgo de cercenar aún más, parte de nuestro patrimonio inmaterial, de nuestra identidad, de nuestra herencia cultural.

Artistas del Acero Corporación Cultural

